

TEÑIDA POR EL ÓXIDO DE CROMO –PRÓLOGO–

¡Klopstock!, suspiró Julia, mientras observaba con Carlota cómo se alejaba la tormenta de verano. En el interior de aquella vieja aula todos sus alumnos notamos un extraño cosquilleo bajo los pies, las losas cisnerianas se transformaban en limo, los gruesos muros del Colegio de Málaga se deshacían en pliegos de papel japonés y dejaban intuir un arco-iris lejano. Todos podíamos oler la tierra húmeda, el aroma de la armonía, de los tallos hundidos en la nube. Nuestros brazos, apoyados sobre aquellos arcaicos pupitres, se impregnaban de cromáticos tatuajes, y entonces comprendimos el alcance de la analogía universal, de su íntimo y efímero disfrute.

Hacia Esmeralda es un retrato de esa Julia del suspiro *klopstock*, de Julia intentando conocer el mundo, entender el universo y, por fin, comprenderse a sí misma. Por eso, este poemario constituye una búsqueda, una arriesgada exploración hacia el interior, cuya metáfora perfecta es la piedra preciosa del título. La esmeralda simboliza desde tiempos remotos el tránsito del alma hacia la luz, hacia una nueva vida, y las páginas de este libro están iluminadas, pero su luz no es monolítica y uniforme: la esmeralda actúa como crisol que produce diversidad, haces irisados, y esa es la perfección, la acumulación de infinitos matices. Son páginas vivas y mutables, no sólo por la recreación lectora, sino por la apuesta, por el tanteo de una poeta que indaga otros mundos. Son páginas de una belleza esotérica y platónica: Julia ejerce de sacerdotisa del gran psicopompo y sus palabras desfilan reflejadas en el fondo de la caverna.

Alain Gheerbrant subraya la dualidad simbólica de la esmeralda: significación impenetrable y potencia regeneradora, símbolo fasto y nefasto, bendito y maldito, piedra del papa y de Lucifer. Desde el mismo subtítulo, todos los opuestos aparecen prodigiosamente sintetizados en la poesía de Julia Barella.

La única manera de llegar a Esmeralda exige contemplación y análisis de lo que nos rodea; el método propuesto utiliza la fusión de percepciones y disciplinas. En estos versos hay color, música y forma: todo ello indisociablemente unido. *Sinfonía en gris mayor*, ¿recuerdan? Así, abundan sobre todo los elementos pictóricos, ya sean explícitos –luzes, sombras, perfiles, verdes, rojos, azules, amarillos, blancos, grises, negros–, ya calificadores –*negra pista, marea verde*–, o sinestesias como *ritmo visual*. Se recurre también a los nombres de los maestros: Chirico, Kandinsky, Magritte. Y lo más llamativo, los colores no se subordinan unos a otros para dar una sensación global. Al contrario, cada color expresa una acepción, cada color, autosuficiente, tiene valor en sí mismo como símbolo. Los primeros experimentos constructivistas iban por ahí, y en lo musical Arnold Schönberg, citado por Julia, fue quien dio el paso valiente y definitivo para librarnos de *lo que suena bien* mediante la asonancia y la atonalidad de su sistema dodecafónico. Es decir, si para cierto tipo de pintura cada color vale por sí mismo, en la música dodecafónica cada uno de los doce tonos se independiza gracias a los trabajos del compositor austriaco, que, por cierto, también se prodigó en las artes plásticas, relacionándose con el círculo de Wassily Kandinsky. De modo similar, Julia ha eliminado el peso de la métrica y de la rima, el ritmo se basa en la sabia distribución de las series.

La poesía de Julia Barella toma de Schönberg la tendencia a un expresionismo en el que cada elemento se caracteriza por su fuerza generadora, pero, además, del otro músico citado, del romántico francés Hector Berlioz, toma la base estructural del libro, o sea, la